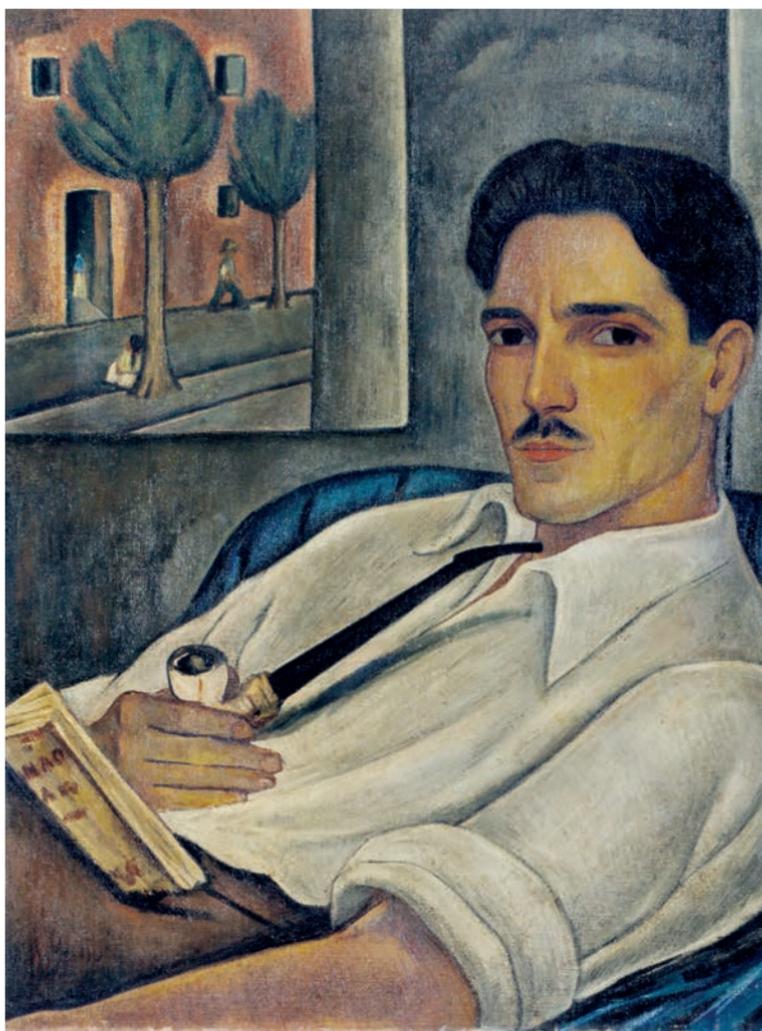


Galder Reguera

Vida y obra





Seix Barral Biblioteca Breve

Galder Reguera

Vida y obra

© Galder Reguera Olabari, 2024
por mediación de Ute Körner Literary Agent
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024
ISBN: 978-84-322-4384-4
Depósito legal: B. 14.889-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

Sentado en el sofá frente al televisor, con una servilleta extendida sobre las piernas, merendaba un bocadillo de Nocilla con cuidado de que no cayera ninguna miga fuera del rectángulo de cuadros rojos y blancos. Pequeñas gotas de sudor emergían en mi frente, que secaba con el anverso de la mano. Había vuelto a casa de la escuela corriendo con toda el alma para no perderme ni un minuto de la etapa de la Vuelta a España. Por suerte, lo había conseguido. Ese día había una cronoescalada de apenas diez kilómetros que terminaba en el alto del Naranco. El mejor tiempo hasta el momento lo había marcado Marino Lejarreta, mi ciclista favorito, que había batido el registro de Peio Ruiz Cabestany, su compañero del equipo Seat-Orbea. Marino hablaba con uno de los periodistas en el set de televisión sobre sus posibilidades en la carrera, nervioso, mientras iban llegando a meta otros corredores que habían tomado la salida más tarde que él: Álvaro Pino, Pacho Rodríguez, Sean Kelly, Perico Delgado. Cada vez que uno de ellos cruzaba la línea final, se producía un instante de tensión hasta que el periodista a pie de carretera cantaba el tiempo que había hecho. Yo

dejaba por un momento el bocata sobre las piernas, contenía la respiración, apretaba bien fuerte los puños y celebraba gritando «¡bien!» cuando se confirmaba que el registro de Marino seguía siendo el mejor.

En esas, ama y tú os acercasteis sigilosos, como gatos rondando un ratón, y me lo soltasteis de pronto.

—¡Nos mudamos!

Aparté la mirada de la pantalla. Ahí estabais los dos, aferrados el uno al otro por la cintura, tan pegados que parecía que no quisierais que pasara el aire entre vuestros cuerpos, luciendo sonrisas acompasadas, mostrándoos tan unidos físicamente como separados estabais en todo lo demás. Ama se acariciaba con la mano derecha la enorme barriga, como implicando en el asunto también a Nuria, que esperaba su momento de venir al mundo. Tú a su lado. ¿Interpretabas un papel? ¿Te lo creías de verdad? No lo sé.

Me interrogabais con los ojos.

—¿Y bien? —preguntó ama.

Lo hizo justo en el instante en que llegó a meta Robert Millar, que era el gran favorito para ganar la Vuelta y el líder de la clasificación general, y al silencio de la sala se unió el de los narradores de la televisión, que aguardaban expectantes la confirmación del tiempo del corredor escocés. Yo seguía con la mirada fija en vosotros, pero estaba concentrado esperando el resultado de la carrera.

—¡Ha ganado Marino, ha ganado Marino! —gritó de pronto uno de los periodistas.

Di un brinco y el bocadillo, la servilleta y las migas cayeron a la alfombra. Me puse a dar saltos de alegría y, primero ama y después tú, entusiasmados con mi reacción, os unisteis a mí, abrazándome. Aquella fue la única vez que nos abrazamos los tres juntos, los cuatro en rea-

lidad. Yo no recuerdo otra anterior, al menos. Sí sé, eso seguro, que no lo hicimos nunca más. Y, fíjate, resultó que esa última, quizá única vez que lo hicimos, abrazarnos como una familia que se quiere, ni siquiera celebrábamos lo mismo.

2

Cuántas veces habré regresado a ese momento, cuántas he pensado en esa tarde en que me anunciasteis que dejábamos el barrio, el piso en el que siempre había vivido y que marchábamos a otro lugar. Recuerdo que cuando estudiaba filosofía y nos hablaron de la teoría del caos y del efecto mariposa, de inmediato acudieron a mi cabeza aquellas dos palabras en boca de ama, «nos mudamos», como una ficha de dominó que al caer arrastra con ella a todas las demás. Desde luego que entonces no era capaz ni por asomo de vaticinar siquiera mínimamente el impacto que aquella decisión iba a tener sobre mi vida, cómo iba a cambiar todo de manera completa y radical.

Cuando terminó la conexión con la Vuelta, tú apagaste la televisión. Os sentasteis conmigo en el sofá y me hablasteis de vuestros planes. Bueno, en realidad lo hizo ama. Tú asentías cómplice, como si tu papel se limitara a estar de acuerdo con las decisiones de tu mujer. La escuché terminando el bocadillo, que por suerte estaba libre de pelos de alfombra. Dijo que con la llegada de un nuevo miembro a la familia el piso se nos quedaba muy pequeño y que necesitábamos más espacio. Explicó que yo

era muy mayor para compartir habitación con un bebé y que tú no podías trabajar sin despacho, así que habíais decidido cambiar de casa y habíais aprovechado para haceros con una en el campo, un chalé nuevo que estaba aún en obras, pero al que le faltaba muy poquito para estar terminado. Añadió que se encontraba justo al lado del que aitite y amama se estaban haciendo, que era un bifamiliar, que la tía Miren sería nuestra vecina y que cuando entráramos todos a vivir, tiraríamos la valla que separaba las casas y tendríamos un jardín conjunto, un jardín enorme en el que podría jugar al fútbol y montar una casa del árbol como la de las películas americanas.

Al terminar sus explicaciones, me preguntó a ver qué me parecía. Lo de vivir al lado de los abuelos me sonaba fantástico, pero no le di muchas vueltas al asunto. Estaba ansioso por encontrarme con mis amigos, comentar la etapa y salir a jugar.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunté, metiéndome en la boca el último trozo de pan.

—A finales de julio —contestó ama, emocionada—. No puede ser antes, porque la casa no está terminada, ni después, porque hemos firmado ya la venta del piso.

Estábamos a treinta de abril. Me dije que aún quedaba mucho tiempo.

—De acuerdo —mascullé y, de un salto, me puse de pie.

Me calcé la visera del equipo Seat-Orbea al revés, como la llevaba siempre Marino, cogí el balón y salí a la calle. Toqué el portero automático de la casa de Iñaki, que era el que vivía más cerca de nosotros, en el rascacielos sobre la gasolinera. Pregunté a la voz metálica de mujer que respondió brusca al otro lado si mi amigo podía bajar a jugar. Después, él y yo repetimos ya juntos el ri-

tual en los porteros de otros amigos y, al poco, estábamos toda la pandilla en la plaza jugando a bancos: Iñaki, Jesus, Zarrabeitia, los dos David, Robledo y García, y yo. ¿Reconoces alguno de los nombres? Seguro que no, nunca te interesaste por mi mundo. La dinámica era sencilla: un partido todos contra todos en el que cada jugador debe defender su portería, el arco formado por las patas y el asiento del banco que le ha tocado en suerte. Los que encajan goles van eliminándose progresivamente hasta que solo queda uno, que resulta el ganador. Jugamos varios partidos, de los que gané uno, pero tuvimos que dejarlo, hastiados de las protestas de los viejos, que querían sentarse donde nosotros jugábamos y amenazaban con avisar a la policía, señalando furiosos el cartel con la inscripción PROHIBIDO JUGAR A LA PELOTA que habían conseguido que el ayuntamiento pusiera en una de las fachadas que daba a la plaza. Siempre nos decían lo mismo, que nos fuéramos a jugar a la cancha de futbito de la escuela Hernán Cortés. Pero esta estaba tomada por los mayores, chavales de trece o catorce años que no nos dejaban ni acercarnos. Ocupaban el campo para derrapar con las bicis, jugar al barrenón y fumar pitillos.

Iñaki propuso que bajáramos a las vías. Jesus dijo que a él se le hacía tarde y que volvía a casa a hacer los deberes antes de que su madre lo matara. Iñaki le rebatió recordándole que todos estábamos en la misma clase y que no había tareas para el día siguiente.

—Lo que pasa es que estás cagado de miedo —señaló David García, dejando escapar una risita nerviosa.

Jesus negó con la cabeza, respondió que de eso nada, pero que igualmente se iba. Y así lo hizo, sin más miramientos. Se dio la vuelta y se largó, con el balón bajo el bra-

zo, malhumorado, murmurando quién sabe qué. Mientras los demás le observábamos alejarse, Iñaki añadió:

—Lo que decías, colega, cagado de miedo. —Y chocó el puño con David García en señal de complicidad.

Admiré la decisión de Jesus. En el fondo yo quería unirme a él, seguir sus pasos, pero no me atrevía a llevar la contraria a Iñaki, que era un poco como el líder de todos nosotros. Teníamos prohibido ir a las vías del tren desde el accidente, cuando aquel niño de cuatro años fue arrollado por el cercanías. Lo recordarás, seguro. Había sucedido hacía unos meses. El caso hizo mucho ruido. Salió en televisión e incluso fue portada de los periódicos. Recuerdo que me impresionó mucho ver la foto de la estación de tren del barrio en la primera plana de *El Correo*. Hasta entonces las noticias eran algo que acontecía muy lejos de nuestra rutina. Desde el accidente aquel lugar se convirtió en la pesadilla de todos los padres, su mayor miedo. En el barrio se decía que la madre del chaval se había vuelto loca y que se paseaba desnuda por la calle y que su marido la ingresó en una clínica mental y se había casado de nuevo y marchado a vivir lejos, muy lejos, donde nadie le conocía. Cuando os conté aquella historia a ti y a ama, tú exclamaste con desprecio que eso era mala literatura.

—Te lo digo yo, que es mi especialidad —concluiste en un lamento, no supe hasta qué punto sarcástico.

Pero después insististe en que bajo ningún concepto me acercara a las vías. Me amenazaste con un castigo severo si te enterabas de que íbamos allí. Te prometí que no lo haría. No para salir del paso, no. Lo hice sinceramente. Pero el grupo mandaba. No quería quedarme solo.

No solíamos ir mucho, en todo caso, solo de vez en cuando, y más por sentir la excitación de romper las nor-

mas impuestas que porque el lugar tuviera excesivo atractivo para nosotros. Siempre que lo hacíamos, dentro de mí anidaba una profunda incomodidad, mezcla de temor a lo que pudiera suceder y la consciencia de estar desobedeciendo una orden explícita vuestra.

Tomamos el camino que bordeaba el barrio, una carretera estrecha, llena de socavones y sin señalizar, que era en realidad el acceso a los tres o cuatro caseríos que se mantenían allí como vestigios de cuando aquello fue campo, antes de que llegaran las fábricas y los pabellones industriales al pueblo, y las casas de protección oficial brotaran de pronto todas iguales, generando barrios también idénticos entre sí; antes de que la ciudad se expandiera como una mancha de aceite devorando todo a su alrededor. Caminábamos en silencio, quizá porque si hablábamos alguno de nosotros plantearía que aquello no era buena idea, que era mejor darse la vuelta. Yo iba pateando piedras, simulando que eran balones, imaginando porterías de fútbol en cada hueco del camino, en cada alcantarilla.

A mitad de trayecto nos encontramos con Ainhoa Alonso y Carla, dos chicas de nuestra clase que eran uña y carne, siempre estaban juntas. Iban en bicicleta, en dirección contraria a la nuestra. Se pararon a hablar con nosotros. Dijeron que venían del campo de fútbol, de llevarle las botas al hermano mayor de Ainhoa, que tenía entrenamiento y se las había dejado en casa y la madre los había obligado a hacer el recado. Nos preguntaron hacia dónde íbamos nosotros. Zarrabeitia confesó nuestros planes. Ellas al principio se escandalizaron, después dudaron y al final se unieron a nosotros cinco. Mis nervios aumentaron de manera exponencial. La presencia de Carla producía ese efecto en mí.

Carla estaba en mi clase desde preescolar y siempre me había gustado. Desde que recordaba, siempre ella, sin posibilidad de otra. Imaginaba toda mi vida con ella. Me veía en unos años casado, viviendo en los pisos nuevos del barrio, con nuestros hijos estudiando en la misma escuela en la que ahora compartíamos aula. Por supuesto, ni ella ni ninguno de mis amigos sabía de mi amor secreto. Me pregunto por qué era tan fiel en mis pensamientos a aquella niña menuda, de ojos azules, media melena negra y aquella actitud desenfadada que envidiaba y admiraba, yo, que era tan tímido. A veces me digo que mi fidelidad a ella quizá fuera una respuesta a lo que vivía en casa, mi primer intento de distanciarme de ti, de lo que representabas.

Los cinco chicos caminábamos y Ainhoa y Carla nos acompañaban dando vueltas en la bicicleta a nuestro alrededor, como astros celestes en los epiciclos ptolemaicos. A ratos jugaban a hacer amagos de atropellarnos con la rueda delantera y reían con nuestras reacciones exageradas. Yo me concentraba en no mirar demasiado fijamente a Carla. Mi mayor pesadilla era que ella supiera de mi amor y lo rechazara, no ser correspondido.

Iñaki insistía e insistía en que alguna de las dos niñas le dejara la bicicleta. Al final, Carla cedió. Se bajó de un salto del sillín y se la pasó por el manillar, advirtiéndole que tuviera cuidado. Él se subió con un movimiento rápido y retó a Ainhoa a una carrera hasta las vías. Los dos desaparecieron veloces. En clase todos sabían que se gustaban. Envidié a Iñaki, su resolución, su carácter, su suerte. Carla caminó un buen rato a mi lado, yo en silencio, ella silbando la canción *Walk Like an Egyptian* de The Bangles y tarareando ese «oeo» del estribillo que siempre que he escuchado, aun tantos años después, me ha traído

a la memoria su recuerdo. Yo la observaba con el rabillo del ojo. Quise decir algo, habría matado por decir algo, pero no supe qué. Nunca he sabido romper el hielo. Los demás discutían a voces sobre fútbol. Como ese verano había Mundial, la liga había terminado ya. El Athletic quedó tercero, pero con una cierta sensación de fracaso general debido al cisma entre Sarabia, la estrella del equipo, y Clemente, el entrenador, que fue cesado a mitad de temporada. Precisamente esa escisión era el tema de discusión entre mis amigos. Yo tenía mi opinión, que era la misma que la de Aitite, a quien escuchaba como a un profeta en lo que a fútbol se refiere, pero me mantuve en silencio porque ansiaba conversar de lo que fuera con Carla, a quien el fútbol se la traía al paio.

En el momento en que nos echamos a un lado del camino y empezamos a descender por el terraplén que daba al claro donde podíamos estar junto a las vías sin temor a ser vistos por los adultos, esa cuestecita que tanto me asustaba bajar, David Robledo sacó del bolsillo una moneda de cinco pesetas de las de Franco, y dijo que, si la ponías sobre el raíl, cuando pasaba el tren la aplanaba tanto por el peso que desaparecía toda marca. El otro David, García, respondió que no flipara tanto, que eso era imposible, y comenzó un debate en el que cada uno aportaba argumentos que se pretendían más o menos científicos.

—¿Tú qué crees, Unai? —me preguntó Carla.

Me gustó que pronunciara mi nombre. En clase todos me conocían por el apellido, Cacenave, porque había otro chico que se llamaba como yo. Ella también me solía llamar así, de hecho. Por eso ahora me gustó tanto oír mi nombre en sus labios.

—No lo sé —reconocí, sin mirarla a los ojos—. Pero

creo que sí, que se borrará todo, que el tren aplastará la moneda.

Carla asintió y afirmó en alto que nosotros, ella y yo, estábamos con Robledo. Me encantó que se refiriera a nosotros dos como uno solo.

—Como descarrile el tren, entonces sí que vais a flipar —intervino Zarrabeitia.

Y después dijo que en el pueblo de su padre hubo un accidente terrible porque los niños tenían esa costumbre, la de poner monedas en las vías, y que una vez la locomotora se salió del carril y murieron como cincuenta personas por culpa de dos chavales de diez años a los que condenaron a muerte en un juicio y los fusilaron delante de sus padres y hermanos. David García soltó una carcajada exagerada.

—¿Te contó eso tu padre? ¿Y tú te lo creíste?

—¡Es verdad! —protestó Zarrabeitia.

—Sí, claro. ¿Estás seguro de que no los ahorcaron? O, mejor, ¿seguro que no los pasaron por la guillotina? Espera, no... ¡los quemaron en la hoguera!

Todos reímos, para indignación de Zarrabeitia, que dijo que éramos unos gilipollas y que si pasaba algo él se lavaba las manos.

—¡Eh! ¡Tortolitos! —gritó de pronto Carla, zanjando el tema.

Habíamos llegado por fin al claro junto a las vías, donde Iñaki y Ainhoa Alonso nos esperaban conversando, aún subidos en las bicicletas, inclinados el uno hacia el otro con un pie en el suelo a modo de pata de cabra. Al vernos reaccionaron alejándose entre sí. Cuando estuvimos a su altura les pedimos su opinión sobre el asunto de la moneda. Los dos votaron que no se estropearía, que saldría indemne del paso del tren. Entonces yo me dije

que, si tenían razón ellos, se casarían, pero que si la moneda salía aplastada, entonces seríamos Carla y yo quienes estaríamos toda la vida juntos. Robledo hizo en alto recuento de votos. Había un empate. Iñaki, Ainhoa y García decían que la moneda saldría igual. Carla, Robledo y yo apostábamos que terminaría aplanada por el peso del tren. Zarrabeitia se mantuvo al margen, afirmando muy serio que no quería saber nada del asunto y que si sucedía algo todos debíamos reconocer que él no tenía ninguna responsabilidad.

—No te preocupes, que así lo diremos cuando estén a punto de fusilarnos —dijo Robledo entre risas, mientras ponía la moneda sobre el más cercano de los raíles—. Allá vamos... Ahora solo toca esperar.

Nos sentamos en el suelo, a unos metros de distancia, rodeados de papeles y cristales rotos y botellas de plástico, guardando un silencio expectante. La tarde era soleada. Zumbaban las moscas. El piar de los pájaros en los árboles matizaba el ruido lejano de golpes metálicos que nos llegaba desde las fábricas, al otro lado de los raíles, que observábamos pendientes de la llegada de algún tren. Yo miraba hacia una dirección y la otra, porque no sabía por dónde aparecería la locomotora. Fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían aquellas vías, qué quedaba más allá del horizonte en el que desaparecían, más allá del barrio en el que siempre había vivido. Recordé el cuento aquel que a veces me leía ama cuando era más pequeño sobre una rana que creía que el mundo entero se limitaba a la charca que habitaba. Me dije que yo era esa rana. Observé a mis amigos: los dos David, Zarrabeitia, Iñaki, Ainhoa y Carla, que conversaban animados. Mirando sus rostros fui por primera vez consciente de que no iban a estar siempre

ahí y los eché de menos antes de que me faltaran. Me sentí como un antiguo explorador que estando junto a su familia observa el mar la noche antes de una travesía de la que no sabe si regresará.

Un estruendo terrible me hizo botar del susto. Era la bocina del tren, que llegaba a nuestra altura.

—¡Joder! —grité.

—¡Caceneve! ¡Que estás en la luna! —exclamó Robledo y todos rompieron a reír.

El tren desfilaba de pronto frente a nosotros, imprevisible, rugiendo como un animal feroz que emerge de su escondite, convertido en una gruesa línea gris, difuminadas sus formas por la velocidad, estiradas como las estrellas cuando el Halcón Milenario salta al hiperespacio. Zum, zum, zum, los vagones pasaban vertiginosos. Mis amigos gritaban entre el ruido ensordecedor. Daban botes, celebraban. Yo me uní a la escandalera chillando también, con todas mis fuerzas, saltando junto a ellos, dejando escapar la tensión del susto. Aquello duró unos pocos segundos. Después, volvió la calma, más intensa en contraste con el ruido anterior. Viendo el tren alejarse traqueteando por la vía, me pregunté hacia dónde se dirigiría, dónde estaría la ciudad y dónde la costa, cuáles serían el norte y el sur. No, no conocía nada de lo que había más allá de aquel lugar, en el que siempre había vivido. Habituaba una parte concreta del universo. Tenía mi sitio en toda la inmensidad de la creación y del tiempo. Mi lugar en el mundo. El barrio. Un lugar que pronto iba a dejar atrás para ir, ¿adónde? Me percaté de que ni siquiera me habíais dicho el nombre del pueblo al que nos mudábamos, que lo desconocía todo de mi nuevo destino: cuál sería mi colegio, cómo mi habitación, quiénes mis nuevos amigos, si es que los llegaba a tener. Sentí vértigo.

—Mira, Unai, teníamos razón —dijo Carla en ese momento, alcanzándome la moneda, elongada por el paso del tren, estirada como un trozo de plastilina, en la que del rostro del dictador apenas quedaba la papada.

Al dármela, nuestras manos se rozaron. Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo. Ella me sonrió desde detrás de sus ojos azules. Hice lo propio. Recordé que me había dicho que si la moneda quedaba aplanada estaríamos toda la vida juntos. Toda la vida. Por unos segundos pensé que sería posible.